

Un corazón lleno

Por Ana Sofía Rodríguez Gutiérrez

Desde pequeña soñaba con volar, no con alas de pájaro, sino con un balón a mis pies. Cada pase, cada salto, era una forma de escapar de un mundo que quería mantenerme en el suelo.

Cuando jugaba sentía que volaba; la brisa me impulsaba y el balón era mis alas. El viento secaba mis ojos; estaba tan concentrada que se me olvidaba parpadear. El mundo se apagaba y solo escuchaba los latidos de mi corazón. Se me olvidaba caminar y, de un momento a otro, estaba flotando. Ese sentimiento, cuando todos celebraban el gol que había metido, se quedó grabado en mi mente. Pero llegó el momento de abrir los ojos: en lugar de celebración, había silencio. Eran los gritos de mi abuelo hacia el fútbol de la televisión, las miradas desalmadas de mi madre y los ojos llenos de decepción de mi padre. A mí solo me bastaba cerrar los ojos y volver a volar.

Había entrenado toda mi vida. Antes solo éramos mamá y yo. Ella veía —bueno, veía— mi potencial, mi pasión y mi felicidad al agarrar un balón. Decía que hacía magia cada vez que estaba en una cancha. Mi mundo se vino abajo cuando los talibanes tomaron el control de Afganistán. Ese día, la cancha del barrio quedó vacía. Los gritos de los niños fueron reemplazados por órdenes, y los balones, por silencio. Mamá guardó mi uniforme al fondo del clóset y me pidió que no lo volviera a tocar. Fue como si hubiera perdido una parte de mí. Mi sueño, mi educación, mi libertad—todas se convirtieron en un “hubiera”. No solo perdí mi libertad, sino también la de mamá. Papá era un hombre más: un hombre sin alma, sin corazón, decepcionado de la vida y de mi madre por no haber tenido un varón. Mamá es la mujer más inteligente que conozco, una excelente consejera, increíble pianista y, antes, una extraordinaria doctora. Recuerdo las noches en que no estaba por trabajar en el hospital, pero nunca faltó a ningún partido. No hubo caída de la que ella no me levantara, ni juego perdido donde no fuera la primera en susurrarme al oído: “Está bien perder; no todo en la vida es ganar”. Sobre todo, fue la única que estuvo para mí desde el día uno.

A papá no lo conocí hasta que nos prohibieron estar sin la compañía de un hombre.

No era opción ir a casa de mi abuelo materno; ella decía que era mil veces peor que estar con papá.

Todos los días eran iguales: levantarme, bañarme, vestirme, saludar en voz baja a papá y al abuelo, ir a la cocina, cocinar, lavar, planchar... todo sin decir una sola palabra. Estaba llena de rabia todo el tiempo; solo quería gritar, llorar, correr, jugar, bailar, cantar... solo me queda imaginar. Sentía que estaba fuera de mi cuerpo constantemente; no me sentía yo. Sin jugar fútbol en tanto tiempo me sentía perdida, sin hablar con mis amigas ni bailar en las noches con mi mamá en el balcón del departamento que teníamos.

En unos días será el Mundial. Recuerdo la euforia que me causaba: el constante latido de mi corazón que podía escuchar tan fuerte por los nervios que me provocaba ver los partidos, los colores que llenaban el mundo. Era hermoso ver cómo todo parecía pausarse y unirse por un partido de fútbol. Había días en los que todos se veían igual, porque todos se ponían el jersey de la selección de Afganistán. La risa y los gritos eran todo lo que se escuchaba durante el día. Espero que el mundo se pause otra vez y que pueda ver color en lugar de gris.

Cuando la noche cede, mi esperanza se vuelve más fuerte. Vuelvo a volar, vuelvo a jugar con tan solo cerrar los ojos. No es solo un sueño, sino mis recuerdos. Cuando el cansancio me gana, me transformo; viajé por el mundo con solo estar en mi cama. Hay veces en que mis sueños eran más sencillos y se parecen a mi vida de antes, pero hay días en que me convertía en una futbolista en el Mundial. Los gritos de los aficionados me dejan sorda; solo éramos el balón y yo contra el mundo. Literalmente. Sentía el corazón lleno cada noche y un vacío cada vez que despertaba.

Faltaba menos de una semana para que empiece el Mundial. Cada día que se acercaba me inundaba un sentimiento de felicidad, pero la nostalgia le ganaba: mi gran maldición, la nostalgia de lo que pudo haber sido.

Mamá había estado actuando muy extraña esos días. Salía a escondidas de mi papá y de mi abuelo, lo cual es extremadamente peligroso. Me había pedido que le diera ropa mía; decía que la está guardando para algo especial.

Una madrugada, mamá me despertó con una maleta en la mano y me dijo que no podía decir una sola palabra, que teníamos que correr. Podía sentir el miedo en su voz, pero solo me tomó firmemente de la mano y corrimos. Corrí sin parar, sin dirección, pero sin miedo. Corrí como si no hubiera un mañana, como solía hacerlo en la cancha de fútbol.

Llegamos a un albergue solo para mujeres: mujeres asustadas pero sonrientes, con ojos llenos de ilusión. Cuando entramos, supe realmente lo que estábamos haciendo. Mamá se sentó a platicar con una de las mujeres mayores; yo busqué una cama libre donde acostarme y dormir. Cuando me levanté, mis sueños ya no se sentían tan lejanos.

Pasaron los días, hasta que una noche la señora encargada del albergue nos despertó. Mamá tomó nuestras cosas y me agarró de la mano. No podía ver nada en la oscuridad; me tropezaba con cada paso. Llegamos a la entrada, donde un carro nos esperaba. Ahí vi realmente a la señora: una sonrisa y una mirada determinada. Dos hombres nos indicaron a mamá y a mí que subiéramos al carro.

Viajamos durante tres días, parando de vez en cuando. Sentía miedo en cada parada; temía que nos descubrieran. Un día, los hombres nos dijeron que nos bajáramos. Sin explicación, nos entregaron unos documentos y nos dijeron que éramos libres. No entendía lo que estaba pasando; no sabía dónde estaba ni qué hacía. Pero qué bonito sonaba la palabra *libre*. En ese momento volteé a ver a mi mamá, llena de optimismo. Ahí supe que mis sueños estaban a la vuelta de la esquina.

Caminamos hasta el pueblo más cercano. Todo el mundo vestía igual, reía y gritaba. Ahí recordé que ya era el Mundial. Me asomé por la ventana de un restaurante y vi el partido, las risas de las personas, los borrachos gritando y las familias juntas. En ese instante me bañé de emoción. Se llenó mi corazón.

Afuera, el balón rodaba y el mundo gritaba. Yo también volaba otra vez, pero esta vez, con los ojos abiertos.

FIN